
SALUSTIANO MARTÍN

Pasa la voz, hermano

Madrid, Bartleby, 2000, 80 p.

Es inevitable mencionar, al hablar de la obra de Salustiano Martín (Parada de Rubiales, Salamanca, 1950), las reflexiones en torno a la poesía que como crítico o teorizador de la literatura ha expuesto en sus escritos. Es más, sólo situándonos en su posición, dada una propuesta poética tan marcada por su adhesión a una ideología política como lo es la suya, podemos entender y juzgar sus versos.

Pasa la voz, hermano es su segundo libro publicado, tras *La mano con la herida* —que fue X Premio Joaquín Benito de Lucas—. Durante los cinco años que median entre ambos ha participado en libros de carácter colectivo como *Versos de tiza* (Tomelloso, 1999) y *Voces del extremo* (Fundación Juan Ramón Jiménez, 1999).

El título de este último libro ya refleja el sentido o más bien la “utilidad” que para el poeta ha de tener su aportación artística. De hecho el término “utilidad”, que tradicionalmente ha aparecido reñido con la poesía, sin embargo, y en clara y buscada contradicción con la norma, es el término que utiliza Salustiano para definir su concepción del arte, se trata de “(...) indagar en la oscura materia de una realidad *material* que nos confunde y nos anonada (...) reflexionar con radicalidad sobre los problemas reales —económicos, culturales, políticos— de la colectividad”. Para Salustiano la realidad interpela irremediabilmente al poeta y, en este sentido, el poema es una contestación y como tal “puede resultar una pieza conservadora” o bien “un instrumento de lucha contra el sistema”, y, por supuesto, ha de poner su énfasis en el contenido y no en la forma. Es esta concepción de la poesía lo que hace que se refiera a la obra poética de otros como “aportaciones *civiles*”.

En sus escritos críticos, destaca el escepticismo con que se acerca a la poesía de la experiencia en tanto que tendencia dominante e institucionalmente aceptada, denunciando el individualismo que la caracteriza como uno de los factores que han alejado a los lectores de la poesía. Frente a esta tendencia, el poeta, en *Pasa la voz, hermano*, se erige en un sujeto, no colectivo, sino anónimo —en el sentido más literal de la palabra—



y pretende denunciar situaciones que afectan a un amplio espectro de la sociedad. De hecho, el primer verso del libro: “Sea mi nombre Arturo”, con el uso del subjuntivo denota la escasa relevancia que se concede como sujeto y, al mismo tiempo, expresa la necesidad y el deseo de erigirse en la voz de los que existen como Arturo “sólo así sin vida propia” (p. 17). Pero esta voluntad de confundirse entre los otros, los hermanos a los que se dirige, no es óbice para que, en esta primera parte del libro –que se divide en seis– titulada “Poética y afirmación”, el sujeto se reafirme en una serie de rasgos que se resumen en uno, en la comunión con una ideología política, la que da título al último poema de su poética y de su reafirmación: “comunistas”. Este sujeto anónimo es uno entre aquellos que resisten, porque no está dispuesto a soportar sin más la bofetada diaria que nos asestan los medios de comunicación que difunden el pensamiento único, que son la voz de su amo; ni tampoco las desigualdades –económicas, sociales y de género– entre las personas, la inseguridad y la precariedad en el trabajo. El sujeto se define como un resistente ante el dolor que la realidad cotidiana le produce –“¿Quién ha dispuesto esta tortura / que me atraviesa el pecho / de sol cada mañana?” (p. 17)– que, a pesar de tantas injusticias sociales, no pierde la esperanza y cree posible un cambio que empieza reconociendo al enemigo y uniendo todos sus fuerzas –pasando la voz– rompiendo la dinámica opresiva de estos tiempos, con esperanza, no en el futuro –por este motivo titula la segunda parte del libro “No podemos fiarnos del futuro”– sino en el presente.

Otro de los ataques que dirigía Salustiano Martín a la poesía de la experiencia –que podemos consultar, al igual que las referencias anteriores, en su artículo publicado en el número dos de esta revista– refiere el fracaso de ésta en su apuesta por la claridad en el lenguaje y en el estilo con el fin de acercarse a los lectores. En este sentido nos preguntamos si cabe cuestionarse también la posibilidad de un acceso mayoritario de lectores a una poesía que denuncia los aspectos más negativos y dolorosos de un modelo social agotado, pero en el que se hallan inmersos cómodamente aquellos jóvenes que en la segunda parte de este libro no merecen nuestra confianza en el futuro: “Éstos que aquí remisos, / repudian su ascendencia, // mientras aguardan a que ultimén / de salar su cerebro, / no quieren conocer la historia / que tú puedes contarles, / de qué emoción el rostro que les habla” (p. 28).

Los temas que motivan sus versos giran en torno a problemas que atañen a la humanidad de forma concreta y precisa sin pasar por el tamiz de lo particular, sin reflejar situaciones personales o formas propias de experimentar estos problemas. No son preocupaciones existenciales sino tangibles y perentorias, aunque esto no significa que el poeta rechace los temas existenciales, pues el sujeto que se expresa en estos versos demanda la participación social del hombre en su realidad más inmediata como única forma de participar sus sentimientos más íntimos: “Si no sales al ruido de la calle / no te será posible ver / qué les sucede detrás de la ventana. // (...) / nadie sabrá / qué pasa

dentro / de ti, / tras la ventana.” (p. 19). De hecho, observamos en sus escritos una inclinación por cierta poesía centrada en lo existencial o lo metafísico, aunque lejana a sus presupuestos poéticos, que basa su contestación al sistema –que es, al fin y al cabo, lo más importante como aportación poética para Salustiano– en la disgregación del sujeto y del lenguaje como forma de “perturbación” o contestación social. Una poesía que, precisamente, no es complaciente con el lector, que dificulta su acceso a la poesía e incluso le niega la comprensibilidad total. Lo que nos confirma, nuevamente, que es este aspecto, el de la contestación social, y no tanto el hecho de facilitar el acceso de los lectores a la poesía, lo que le interesa como poeta.

En conclusión, la poesía de Salustiano Martín refleja una aportación personal muy destacada dentro de la propuesta poética en la que se incluye –otro camino más dentro de la diversidad poética actual, a la que nos hemos referido superficialmente al hilo de esta reseña– y que, junto con otras individualidades de diversas tendencias, conforman un mosaico muy variado y sugestivo del panorama poético actual.

ROSA M^a BELDA
Universitat de València

